

843
9.

PQ 2227
J6
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Este drama no puede representarse en ningun teatro de la República sin permiso del de la empresa del de Santa-Anna; ni reimprimirse sin el del editor de la BIBLIOTECA MEXICANA POPULAR Y ECONOMICA.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÓLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.	PERSONAJES.	ACTORES.
Carlota.. . . .	Sra. Cañete.	Jorge.	Sr. Castañeda.
Conde de la Fère.	Sr. Mata.	Claudia.	Sra. Lopez.
Desconocido.	Sr. Armario.	Grimaud.	Sr. Castillo.

La escena pasa en Francia é Inglaterra, en el primer tercio del Siglo XVII, bajo los reinados de Luis XIII de Francia y Cárlos I de Inglaterra.

EL CASAMIENTO.

Una sala baja, puerta en el fondo, otra à la izquierda. Ventana à la derecha, una chimenea amplia. Escalera que conduce al primer piso.

ESCENA PRIMERA.

GRIMAUD, en pié, CARLOTA bajando la escalera, despues CLAUDIA.

CARL. ¡Perfectamente! arreglad tódos los vestidos y la ropa blanca, para que el conductor lo lleve todo de una vez, porque la casa ha de quedar hoy enteramente desocupada.

CLAUD. [Desde la puerta de su cuarto.] Muy bien, señorita.

CARL. [Viendo á Grimaud.] ¡Hola! vd. aquí, señor Grimaud!....

GRIM. Traia una carta del señor vizconde, y como la puerta estaba abierta, y yo no queria llamar de miedo que se incomodase la señorita, me he quedado aquí esperando, y....

CARL. El señor vizconde siempre que va á caza, pasa por el curato; y no sé por qué causa no he tenido el honor de saludarlo esta mañana.

GRIM. Sin duda no habrá pasado por prudencia.

CARL. ¡Cómo, por prudencia!
GRIM. Pues, quiero decir.... como ayer el señor vizconde tuvo una pelotera con su padre, y....

CARL. ¡Con su padre! El vizconde, tan respetuoso, ha reñido con su padre! ¡Y por qué! ¡Cuál ha sido el motivo!

GRIM. El buen señor, pues, el papá, queria presentar al señor vizconde á la señorita de La Lussaie.

CARL. ¡Ah! sí, á aquella hermosa huérfana que dicen ser la mas rica propietaria del pais.

GRIM. Eso es precisamente.

CARL. ¡Y qué sucedió!

GRIM. ¡Qué habia de suceder! Que el señor vizconde se ha negado abiertamente á la tal presentacion, diciendo que él no tenia vocacion por el matrimonio, y que no se queria casar y.... de manera que.... no queriendo ir á ver á la señorita de La Lussaie y viniendo aquí.... y.... vos me comprendeis ¿eh, señorita!

CARL. Sí, gracias, Grimaud, gracias. Véamos qué dice el vizconde! (Grimaud se retira un poco.— Leyendo.) "Señorita, el nuevo cura que debe reemplazar á vuestro hermano, cuya larga ausencia se conceptúa como una formal renuncia al curato de Vitray, llega hoy." El nuevo cura llega hoy, ¡hoy!

GRIM. ¡Válgame Dios, señorita! hace seis meses que se ha ido vuestro hermano, y de veras que no es un grano de anís para los po-

bres cristianos, estarnos seis meses sin oír misa.

CARL. (*Leyendo.*) "Pero como vos permanecéis en esa casa, en la que vivíais con vuestro hermano, desde hoy quiero que esa misma casa os pertenezca, y ya he dado mis órdenes para que el nuevo cura se aloje en otra abadía. Así es que me propongo instalarlo en un pabellón del castillo: permaneced, pues, en vuestra casa sin inquietud ni zozobra, y creedme, señorita, vuestro mas tierno y apasionado servidor.—*El vizconde de la Fére.*

GRIM. ¡Y... he de llevar alguna respuesta?

CARL. No, porque probablemente veré hoy al señor vizconde.

GRIM. ¡Oh! eso por supuesto.

CARL. Lo esperaré, pues, y le daré las gracias de viva voz. (*Grimaud se va por el foro.*)

ESCENA II.

CARLOTA, sola.

CARL. Sí, ya era tiempo que cambiase mi fatal posición. Si me hubiera visto precisada á dejar esta casa, á pagar un nuevo alquiler, y á aumentar, en fin, todos mis gastos, seguramente que antes de un mes se habrían agotado mis pequeños recursos. Pero ahora todo ha variado de aspecto; ya esta casa me pertenece, sí, ya es mi propiedad; pero bien mirado, no es mas que un pequeño vestíbulo. Allá abajo está el castillo. ¡El castillo! que representa trescientos años ha un condado y una baronía. Encuentro un no sé qué de cruel, en que hayan colocado la ventana de esta pobre casa, en frente de ese soberbio y magnífico edificio. Sin embargo, el proverbio dice que ver, es tener... falaz y mentiroso proverbio!... Claudia, deja esa tarea, que ya nosotras no nos vamos.

CLAUD. (*En el descanso de la escalera con los vestidos.*) ¡Ya no nos vamos, señorita!

CARL. No. ¡Ah! ¡oye! Es probable que cuando el conde vuelva de la caza y pase por aquí, quiera refrescar: pon sobre la mesa algunas frutas y una botella de vino. [*La vieja obedece, y pone un cántaro y frutas encima de la mesa.*] ¡Ah! me parece que divisó un caballero por entre los árboles, allá en medio del bosque.... ¡Oh! y ¡cómo corre! ¡con qué velocidad viene! parece que se precipita: hé ahí un escape que acerca algo la cabana al castillo, y el curato al condado. [*A Claudia.*] Está bien, Claudia; ya no te necesito, puedes retirarte.

ESCENA III.

CARLOTA, EL VIZCONDE.

VIZC. Os ví desde lejos á la ventana, Carlota: ¡por qué al acercarme os habeis retirado!

CARL. Ya lo veis, por tener el gusto de venir á recibirlos.

VIZC. ¡De veras! ¡Ah! gracias. [*Le besa la mano.*]

CARL. Mucho habeis tardado hoy.

VIZC. Sí, ocupaciones imprevistas, algunos quehaceres... por eso os escribí. ¡No os ha traído Grimaud una carta mía!

CARL. En efecto, vuestra bondad conmigo es extrema, escusiva; sois demasiado bueno, vizconde.

VIZC. ¡Demasiado bueno! ¡y por qué! por haberos cedido una miserable casuca en ruinas! ¡Y vos que deberíais habitar un soberbio palacio, decís que soy demasiado bueno!

CARL. ¡Oh vizconde! yo sé lo que me digo y lo que os debo, y no hago mas que responder á mi propia conciencia, cuando os repito que sois demasiado bueno. Estoy muy reconocida á vuestras bondades, os doy las mas espresivas gracias por vuestra oferta; pero escusadme si os lo digo con franqueza: no puedo aceptarla.

VIZC. ¡No podeis aceptarla! Pues qué, ¿os ruborizais tal vez al recibir de mí un presente cualquiera, insignificante!

CARL. ¡De vos! ¡Oh! si fuérais dueño de vos mismo, de vuestra mano yo recibiría todo; pero... es preciso que deje esta comarca, señor de la Fére.... me es preciso, debo abandonarla.

VIZC. ¡Vos no podeis admitir esta donación! ¡Debeis abandonar esta comarca! ¡Qué es lo que me decís, Carlota! Por favor, explicaos.... ¡por qué huir de aquí! ¡por qué huir de mí, en fin!

CARL. Porque no conviene ni es decoroso á una jóven oscura, pobre y sin porvenir, ofrecerse como un obstáculo insuperable á la gloria, á la fortuna de un caballero de vuestro nombre y de vuestro mérito.

VIZC. ¡Qué es lo que estais diciendo!

CARL. Sé bien que vuestro padre pretende enlazaros con la señorita de La Lussac, que es jóven, bella, noble, y cuya fortuna duplicaría vuestras rentas.

VIZC. Si sabeis eso, Carlota, sabreis tambien que yo me he negado á semejante enlace.

CARL. Sí, eso es precisamente lo que no puedo soportar. Abandonando yo estos lugares, os evito el dolor de desobedecer á vuestro padre, y me economizo el remordimiento que me acosaría toda mi vida, de haber servido de estorbo á vuestra fortuna.

VIZC. Oídme por favor, señorita.

CARL. ¡Vizconde! por Dios que....

VIZC. (*Acercándosele.*) Oídme, os lo suplico. Hace cerca de catorce meses que os ve-

nisteis á fijar aquí con vuestro hermano. Llegásteis justamente á principios del año de 1620, y yo entonces habia partido con la nobleza de este pais, para engrosar el ejército que el rey Luis XIII enviaba al sitio de Angers, contra la reina madre. Tres meses despues, habitábais esta casa; y cuando yo volví al castillo, firmada ya la paz por el obispo de Luçon, se hablaba en este pais con mucho interés, de la union tierna y estremada del hermano y de la hermana. (*Movimiento de Carlota.*) Sí, de una union íntima, union cordial por vuestra parte, porque el cura Jorge Backson, vuestro hermano, era de un carácter sombrío, y buscaba la soledad y el retiro, alejándose así de la sociedad, en la cual vuestra juventud, vuestro talento y vuestra hermosura parece que os fijaban un rango distinguido. ¡Admirable sacrificio fraternal por vuestra parte! porque, confesadlo, Carlota, vos no érais feliz.

CARL. No siempre en verdad.

VIZC. En fin, os ví y os amé. [*Carlota se levanta y da un paso adelante.*]

CARL. ¡Vizconde!

VIZC. No me interrumpais, que la virgen mas casta, la jóven mas pura, puede oír hasta el fin sin ruborizarse, todo lo que me resta que deciros. Bien sabeis que por el espacio de cinco meses vos y vuestro hermano os esquivásteis á las finezas que yo os prodigaba: silencioso y severo el abad, huía del castillo á donde mi padre y yo le llamábamos en vano. Feroz y casi invisible.... lo diré todo: vos misma, parecia que os reprochábais como un crimen, la mirada que por acaso me dirigáis; y sin embargo, no podíais odiarme, no, y aun no os habia dicho que os amaba.

CARL. ¡Caballero!....

VIZC. Inesperadamente un cambio repentino se efectuó en vuestra existencia: una noche, en esta casa pacífica y tranquila siempre, siempre llena de sombras y de misterios, se dejó oír un estemporáneo alboroto. A los habitantes de la aldea se les figuró que habian oído las pisadas de muchos caballos, y al día siguiente vuestro hermano habia desaparecido.

CARL. ¡Ah! señor vizconde; creed....

VIZC. Yo nada os pregunto, Carlota; solo tengo necesidad de deciros lo que oís para llegar á donde yo llegar quiero. Desde aquel momento os encontrásteis sola, abandonada; me presenté en vuestra casa, porque yo, despues de vuestra desgracia, os amaba mas que antes, y vos me recibísteis con bondad.... seis meses han pasado desde entonces. Y ahora decidme, durante estos seis meses, aunque vos me háyais tratado con benevolencia, cuya benevolencia siento y agradezco acá en el fondo de mi alma, ¡he por ventura estrechado una sola vez vuestra mano, sin daros por ello las mas espresivas gracias, como si fuera un señalado favor! ¡Os he acaso hablado una sola vez de amor, sin buscar al mismo tiempo mi perdon en vuestros ojos! Decidme, en fin, ¿Os he interrogado una vez

sola para preguntaros quién érais, de dónde veníais, y por qué ha desaparecido vuestro hermano!

CARL. No señor; y vos habeis sido para mí, lo que sois para cuantos os conocen; sí, vos sois el caballero mas leal y mas generoso de este reino.

VIZC. ¡Gracias! veo que me haceis justicia, que comprendéis, pues, que no es una vana curiosidad la que me hace hoy deciros: Carlota Backson, habládme ahora con el corazón en las manos. ¡Podreis hacerlo!

CARL. [*Aparte.*] ¡A donde querrá ir á parar!

VIZC. Decidme algo respecto de vos, de vuestro hermano, de vuestra familia; tened confianza en mí, fíaos de un amigo que, si lo deseais, guardará en el fondo de su corazón cuanto le reveleis, como un secreto personal. Decid: ¿queréis hacerlo? y os lo repito: ¡lo podreis!

CARL. (*Pasa al lado izquierdo y toma de un armario unos pergaminos.*) Respecto de mí y de mi familia, he ahí, señor vizconde, unos títulos que responderán por mí. Leed, y os probarán que Carlota Backson es, si no de una sangre ilustre, sí de una sangre generosa. En cuanto á mi hermano, sus secretos no me pertenecen.

VIZC. ¡Muy bien! Carlota, no hablemos ya de vuestro hermano. Si le volviésemos á ver algun día....

CARL. No señor, no le volveremos á ver jamas.

VIZC. (*Leyendo.*) "Guillermo Backson, caballero del pais de Gales."

CARL. Era mi padre....

VIZC. Ana de Brucey....

CARL. Mi madre.... Un hermano mayor, del primer matrimonio, heredó toda la poca fortuna que teníamos. Mi hermano, aquel que vos habeis conocido, se consagró al estado eclesiástico, y ya sacerdote, se encargó de mí.... Largo tiempo hacia que nos habíamos quedado sin padres....

VIZC. (*Leyendo.*) Sí, vuestro padre murió en 1612, y vuestra madre en 1615. ¡Pobre niña! (*Le devuelve sus papeles.*)

CARL. Ahora, ya lo sabeis todo, caballero. VIZC. Por consiguiente, Carlota, ¿estais sola en el mundo!

CARL. Sí señor, sola.

VIZC. ¡Y nadie tiene derecho sobre vos!

CARL. Nadie.

VIZC. ¡Vuestro corazón está libre!

CARL. Me parecia haberos ya dicho que os amaba.

VIZC. ¡Y me lo repetiríais ahora de una manera franca, leal y decisiva!

CARL. ¡Señor vizconde!.... Yo os amo.

VIZC. Carlota Backson, ¿queréis ser mi esposa!

CARL. ¿Qué decís!

VIZC. Una cosa bien sencilla, Carlota, puesto que os amo y que me amais.

CARL. ¡Pero vuestro padre!....

VIZC. Escuchad, Carlota; voy á manifes-

taros en lo que consiste el sacrificio por vuestra parte, y este sacrificio yo os lo pediré con confianza. Un matrimonio público que no fuese conforme á sus deseos, turbaria los últimos dias de mi buen padre. Supongo que vos no escigireis esto de mí, ¡no es verdad! y por consiguiente, que no vacilareis en aceptar un matrimonio secreto.

CARL. Soy, señor vizconde, una humilde servidora vuestra.

VIZC. El dia en que yo me llame el conde de la Fére, vos sereis mi venerada condesa. Ya sabeis que mi padre es viejo, está enfermo, padece mucho, y no tendreis, Carlota, que esperar largo tiempo.

CARL. ¡Oh!

VIZC. ¡Muy bien, querida! hasta que llegue ese momento, nosotros podremos ser felices en el silencio y en la oscuridad. Escuchadme: el nuevo pastor ha llegado al castillo esta mañana; es uno de mis amigos de la infancia, sabe el amor que os profeso, y está dispuesto á bendecir nuestra union. Dentro de una hora ireis á la iglesia; allí habrá ya una capilla iluminada, y en ella os presentaré mi mano, y sobre la mia apoyareis la vuestra: enlazadas ambas, me jurareis un amor eterno, y en esa modesta iglesia de una aldea, Dios nos verá mas favorablemente tal vez, de lo que vé y oye los juramentos de los reyes en las espléndidas catedrales. (*Presentándole la mano.*)

CARL. ¡Dueño mio! ¡mi señor! mi esposo! (*Le da la mano.*)

VIZC. Hé aquí los regalos de vuestro novio, Carlota; los diamantes de mi madre, que me bendecirá por haberos elegido, pura y noble como ella. No los refuseis, bien mio. Respecto de este zafiro, piedra que simboliza la tristeza, solo os diré que es la sortija que se quitó de su dedo al darme el último adios.

CARL. (*Tomando el cofrecito.*) Oliverio, vuestra esposa os da gracias, y os colma de bendiciones.

VIZC. Dentro de una hora, os esperaré en la capilla: la campana os dará la señal, id allí sola, y sin mas adorno, sin otra compostura que la que ahora teneis; y á la vuelta, luego que haya saludado á mi padre, como lo hago todas las noches, el amante se presentará sobre el umbral de la puerta de esta casa, que ya es para mí el verdadero palacio, á suplicaros que permitais entrar al esposo. Hasta la vista, Carlota, hasta la vista. (*Le besa la mano y váse.*)

ESCENA IV.

CARLOTA sola, va á sentarse y abre el estuche.

CARL. ¡Condesa de la Fére en un momento! condesa de la Fére de aquí á una ho-

ra! (*Se levanta.*) ¡Es posible, Carlota?... ¡Carlota! En tus ensueños de ambicion los mas ardientes, ¡habias tú imaginado jamas elevarte á tanta altura! ¡Ah! bien decia yo no hace mucho, que esta casa no era mas que el vestibulo del castillo.... ¡Claudia! trae una luz. (*Claudia obedece.*) Bien, idos. ¡Oh! en verdad que si yo no viese estos diamantes, si yo no sintiese el aro de oro de este zafiro que oprime mi dedo, no creeria nada de lo que acaba de pasar. (*Se prueba la cinta de diamantes.*) ¡Oh! luminosas y radiantes estrellas de la tierra, costelaciones límpidas y diáfanas que brillais sobre las sienas de las reinas! fúlgidos astros que os elevais sobre los esplendores de este mundo, mi mano trémula, tanto tiempo abierta, estendida y prolongada para alcanzaros, os toca en fin, os tiene en su poder: ya soy dichosa! (*Se presenta un hombre en la puerta.*) ¡Quién está ahí! ¡Qué quereis!

ESCENA V.

CARLOTA, UN DESCONOCIDO.

CARL. ¡Quién sois! ¡qué buscais!

DESC. ¡Sois vos la señorita Carlota Backson!

CARL. Yo soy, ¡qué se os ofrece!

DESC. ¡Estais sola!

CARL. Ya lo veis.

DESC. ¡Un hombre que tiene necesidad de comunicaros un importante secreto, podria hablar con vos un cuarto de hora, sin temor de ser interrumpido!

CARL. Sí señor.

DESC. (*Indicando la puerta de la izquierda del espectador.*) ¡Esta puerta cerrada con cerrojo, no es la del cuarto de aquel que llamabais vuestro hermano!

CARL. Sí señor.

DESCON. [*Pasando á la izquierda y abriendo la puerta.*] Entra, Jorge, y nada temas, que yo estaré alerta por la parte de afuera.

ESCENA VI.

CARLOTA, JORGE, entrando.

JORGE. (*Quitándose la capa y el sombrero.*) Carlota, mi tesoro, mi amor, vida mia!

CARL. El es! El! á quien yo no pensaba volver á ver jamas.

JORG. Carlota, yo soy, respóndeme: ¡qué, ya no me conoces!

CARL. ¡Vos aquí! (*Se sienta.*)

JORG. [*De rodillas.*] Es extraño, ¡no es verdad! inesperado, inaudito! Oh! sin embar-

go, yo te encuentro mas bella de lo que te he dejado.

CARL. ¡Pero cómo habeis vuelto!

JORG. (*Levantándose y trayéndola sobre el proscenio.*) ¡Ah! que nada se me pregunte, nada sé.... lo he olvidado todo.... te veo, te hablo, te vuelvo á hallar, despues de haberte perdido por el largo espacio de seis meses!.... ¡Oh! estos seis meses de tormentos, de infierno, tú me los harás olvidar, ¡no es verdad!

CARR. ¡Pobre Jorge!

JORGE. ¡Oh! no, ¡que no me compadezcan! Si tú me amas aún, no hay hombre mas feliz que yo sobre la tierra.

CARL. ¡Pobre Jorge!....

JORG. ¡Qué es lo que dices!

CARL. Digo que no podeis permanecer aquí por mucho tiempo, y que si os ven, estais perdido.

JORGE. ¡Ah! no me detendré aquí mucho, no: me vuelvo á marchar al instante.

CARL. [*Con alegría.*] ¡Os marchais!

JORG. Sí, escucha y sé feliz. Ya lo ves, yo estoy libre, tengo dinero.... mil escudos.... nos vamos de aquí, nos acercamos á la costa y nos embarcamos. Dentro de cinco semanas estamos en Quebec; una vez allí, nadie vendrá á preguntarnos quiénes somos, ni cuál ha sido nuestra anterior conducta. Ya no tendremos por qué disimular, tampoco nada que temer, y vamos á empezar una vida nueva; sí, una vida de felicidad, de delicias y de dulzura, sí; nosotros vamos á partir; ven pues, amor mio; tú eres fuerte, animosa; sígueme, ven.

CARL. Imposible, Jorge.

JORG. ¡Cómo imposible!

CARL. Mil escudos es la miseria, y Quebec el destierro.

JORG. Mil escudos es mas de lo que necesitamos para formar una fortuna; y en cuanto al destierro, el destierro no ecsiste cuando se ama.... ¡Ea! vamos, ven.

CARL. Sí, cuando se ama.

JORG. ¡Dios mio! Carlota, ¡ya no me amas! ¡Y aquellos juramentos que recíprocamente nos habiamos hecho, ¡qué se hicieron!

CARL. Jorge, despues de aquellos infames juramentos, muchas desgracias han pesado sobre nosotros, y esas desgracias nos prueban que tales juramentos eran impíos.

JORG. Mas no olvideis, Carlota, todo cuanto nos liga; nuestro amor, nuestros dolores, nuestro crimen, todo, todo forma una cadena cuyos eslabones no pueden romperse, sin hundirnos ambos en el abismo.

CARL. Os engañais, Jorge; nada nos une ya; al contrario, todo nos separa; nosotros somos el uno para el otro, la conciencia que grita, el remordimiento en accion que nos acusa, y ya no podemos volver á vernos.

JORG. Carlota, en nombre de nuestro amor!

CARL. [*Se sienta junto á la mesa en que están los diamantes.*] Amor insensato de dos jóvenes aislados, perdidos, abandonados de Dios y de los hombres; amor que insulta al

cielo, y pensar todavía en él, seria provocar las iras del Eterno sobre nuestras cabezas delincuentes.

JORG. ¡Carlota! ¡Carlota! ¡Qué significan esos diamantes!

CARL. Idos, Jorge, estais libre, vuestra libertad me enajena; pero idos, y no me preguntéis mas.

JORG. Cómo, Carlota, ¡jamais á otro!

CARL. Dentro de media hora me caso.

JORG. Entonces, esos diamantes....

CARL. Son el regalo de boda.

JORG. ¡Segun eso, vuestro futuro es rico!

CARL. Rico y noble,

JORG. ¡Ah! ¡maldicion sobre mí! Sí; pero tambien maldicion sobre él. ¡Quién es! pronto, nombrádmelo, Carlota.

CARL. [*Se levanta y señala el castillo.*] Se llama el conde de la Fére, habita en aquel castillo, podeis ir á buscarlo y decirle cuanto se os ocurra, todo; pero no olvideis nunca que habeis cometido una accion infame, miserable, propia de un cobarde.

JORG. Conozco bien que es Carlota quien habla; conozco en su acento aquella terrible sangre fria, que me hiela hasta el fondo del corazon; conozco en fin, que es el acento de aquella jóven que ha amado....

CARL. No, os engañais, es la sangre fria, es el acento de la mujer que ha sufrido.

JORG. [*Tomando á Carlota en sus brazos.*]

Carlota, ¡quieres tú seguirme á ese rincón del mundo, á donde yo te ofrezco llevarte, y en donde podré libremente llamarte mi mujer, en vez de mentir como aquí, en donde te llamaba mi hermana!

CARL. Si alzais la voz de esa manera, se os oirá, Jorge, y en ese caso, valdrá tanto como si me hubiéseis denunciado.

JORG. (*Tomándole la mano y tocándola el corazon.*) ¡Ah! estoy perdido! Su mano está helada y su corazon no palpita! No sois una mujer, Carlota, no; sois una estatua de mármol, y teneis razon, es una locura en mí amar á una estatua.

CARL. Concluyamos, Jorge: ¡á qué os decidis!

JORG. Sí, porque la hora se pasa, ¡no es verdad!

CARL. Se pasa, cierto, lo mismo para vos que para mí.

JORG. ¡Ah! en cuanto á mí, ya mi resolucion está tomada y fijado mi porvenir. No os inquiete, pues, mi ecsistencia, no, Carlota... Sin embargo, (*arrodillándose*) si hubiera quedado, ángel mio, en vuestro corazon una sola chispa de aquel antiguo amor; si yo pudiese aún reanimarla con el soplo del mio, nosotros que todavía somos jóvenes, podriamos ser felices.

CARL. Sí, feliz cada uno á su vez; pero no felices juntos. [*Suena una campana.*]

JORG. ¡Qué significa eso!

CARL. La campana que me llama, Jorge; estoy por mí mal, en vuestras manos; decidid de mi suerte.

JORG. Carlota, sois libre, podeis iros.

CARL. ¡Gracias, gracias!
 JORG. Cuando volvais, ya no me encontrareis aquí. [*Va á caer sobre una silla.*]
 CARL. Otra vez gracias, y adios. (*Le presenta la mano y el la rehúsa.*)
 JORG. Adios, señora condesa. (*Vase Carlota.*)

ESCENA VII.

JORGE, EL DESCONOCIDO.

JORG. ¡Oh! Dios mio! Dios mio!
 DESC. [*Entrando por el fondo.*] ¡Qué hay, hermano!
 JORG. Todo es cierto, tenias razon.
 DESC. Ahora ves bien claro que esta mujer no tiene alma, ¿no es así?
 JORG. Sí, lo veo, á pesar mio.
 DESC. Y por supuesto que la desprecias, como á la mas vil de las criaturas.
 JORG. Cierto, la desprecio.
 DESC. Pues bien, ahora toma tu capa, y vámonos; tenemos toda la noche para caminar, y mañana al amanecer, ya estarás fuera de todo peligro.
 JORG. Tambien lo estaré antes de mañana, hermano mio.
 DESC. ¡Qué quieres decir con eso!
 JORG. Que la desprecio; pero que la amo.
 DESC. ¡Jorge...!
 JORG. La desprecio, pero no puedo vivir sin ella.
 DESC. ¡Gran Dios!
 JORG. La desprecio, pero moriré.
 DESC. ¡Morir! La idea es demasiado seria y grave. ¡Lo has pensado bien!
 JORG. ¡Ah! desde que me separé de su lado, no he pensado en otra cosa. Preso, me decia á mí mismo: si puedo escapar de aquí, si me salvo, será solo para volver junto á ella. Libre, gracias á tí, hermano mio, te he dicho: la vida no es para mí nada sin aquella mujer; y luego sobre el quicio de su puerta, antes de entrar en su casa, te he dicho: si ya no me ama, yo moriré.
 DESC. Eres muy necio. El amor de una mujer, Jorge, es una cosa muy frívola en la vida de un hombre.
 JORG. El amor de una mujer es una cosa frívola para aquel que, á la par de este amor, goza de felicidad, de riquezas, de porvenir; pero para aquel que es pobre, para el que está deshonrado, marcado; para aquel, en fin, que no tenia mas que este amor, el amor de una mujer es su existencia, es todo. Hermano, tú me conoces, la vida me cansa. (*Se sienta cerca de la mesa.*) Estoy aburrido de ella, de esta vida que pesa sobre mí y sobre los demas. Cuando fui condenado á muerte, me enviaste á mi calabozo una de esas pistolas: entonces no quise hacer uso de

ella; ¡dámela ahora, que esta vez sí me servirá!

DESC. ¡Estás decidido!
 JORG. Decidido.
 DESC. Toma, hermano, y abrázame. (*Le da una pistola, los dos hermanos se abrazan.*)
 JORG. (*Despues de algunos suspiros ahogados, se arroja fuera del cuarto gritando.*) ¡Adios, hermano! ¡adios! (*Salte de la puerta del lado del jardin.*)
 DESC. ¡Perfectamente! y ahora, Jorge, la mujer sin corazon morirá como tú, ó como tú, vivirá marcada. (*Pone un fierro en el fuego y apaga la lámpara: en seguida va á esperar á lo largo de la pared, y cuando entra Carlota, cierra la puerta.*)

ESCENA VIII.

CARLOTA, EL DESCONOCIDO.

CARL. (*Entra por el fondo y mira en derredor.*) Se ha ido.
 DESC. Sí; pero he quedado yo.
 CARL. ¡Y quién sois vos!
 DESC. Vais á saberlo al instante.
 CARL. No os acerqueis, ó grito.
 DESC. ¡Silencio!
 CARL. ¡Jorge! ¡Jorge! socórreme.
 DESC. ¡Hola! ¡Ahora le llamais!
 CARL. ¡A dónde ha ido!
 DESC. Voy á decíroslo; pero antes es preciso que sepais de dónde viene.
 CARL. ¡Gran Dios!
 DESC. Jorge estaba dotado de un noble y hermoso corazon: consagrado al estado eclesiástico, habria vivido para su salvacion y para la salvacion de los demas, si el demonio, bajo las formas seductoras de una jóven, no hubiese venido á tentarle.
 CARL. ¡Ah!
 DESC. Una vez cometida la primera falta, preciso era soportar las consecuencias. La union de entrambos no podia durar por mucho tiempo, sin que entrambos se perdiesen. La jóven consiguió de Jorge que abandonasen el pais; pero para abandonar el pais, para huir, para salir, en fin, de Francia, y llegar á donde pudiesen vivir tranquilos, se necesitaba dinero, y ni el uno ni la otra lo tenían. El clérigo entonces robó los vasos sagrados y los vendió.
 CARL. ¡Dios mio!
 DESC. Con aquel dinero huyeron los dos, llegaron á Berry, y se sepultaron en una aldea; pero Dios estaba ofendido, y velaba por su ofensa; y su justicia alcanzó á los criminales, ó mas bien, alcanzó al menos culpable de los dos. Jorge fué reconocido, arrestado y conducido á las prisiones de Bethume; y allí como él se acusó solo del crimen, como no quiso pronunciar el nombre de su

cómplice, fué condenado solo á galeras y á una marca infamante.

CARL. ¡Condenado!
 DESC. Y no ha sido esto solo; habia en esta condenacion una cosa aún mucho mas terrible, una cosa que vos ignorais, una cosa que Jorge jamas os ha dicho; y esta cosa es, que su hermano era el verdugo de Bethume; es decir, el verdugo del pueblo en donde Jorge acababa de ser condenado, y que por consiguiente era el hermano quien debia marcar al hermano. ¡Ah! vos ignorabais esta circunstancia, ¿no es así?... El verdugo, en aquel trance desesperado, hizo llegar á manos de Jorge una pistola para que se levantara la tapa de los sesos; pero al pobre insensato le gustaba mas vivir que suicidarse, porque él esperaba... vivió en efecto, fué espuesto á la execracion pública, señalado con el hierro infamante, y enviado á galeras.

CARL. ¡Qué horror!
 DESC. Desde aquel momento, el hermano del pobre Jorge no tuvo mas que una idea fija, un solo pensamiento, que era libertar al condenado; logró su intento; pero él, libre, en vez de huir, quiso volver á ver á aquella que él amaba, á aquella que lo habia perdido: vino, en efecto, y vino á ofrecerle su vida entera, como ya le habia ofrecido y dado toda su felicidad: ella lo rehusó todo, porque iba á casarse.

CARL. Y bien, ¿despues?
 DESC. Despues, Jorge, insensato, loco, desesperado, tomó del cinto de su hermano

una de aquellas pistolas que él ya conocia por haberla tenido en su prision, y se huyó con ella; pero ha quedado el hermano, y ha quedado este hermano porque le habia dado una palabra bajo juramento, y este juramento tiene que cumplirlo.

CARL. ¡Y cuál es ese juramento!
 DESC. Este juramento es que el crimen tendria su espacion; que el verdadero culpable seria castigado; que la cómplice de Jorge, que aquella mujer sin corazon, moriria, como él, ó como él seria marcada.

CARL. Pero Jorge no ha muerto. (*Se oye un tiro.*)

DESC. ¡Habeis oido! (*Saca un puñal.*)
 CARL. (*De rodillas.*) ¡Ah! por favor, ¡la vida! ¡no me quiteis la vida!

DESC. ¡Ah! ¡preferes vivir! En hora buena. (*Coge con viveza el fierro del fuego y se lo aplica á la espalda.*)

CARL. ¡Ah!
 DESC. Y ahora ¿quieres tú saber quién soy yo! Soy el hermano de Jorge, el verdugo de Bethume. (*Tocan á la puerta. El desconocido salta por la ventana. Carlota con la espalda apoyada en la pared.*) ¡Ah!

VIZC. (*Fuera.*) Yo soy, abrid.
 CARL. ¡Ah!
 VIZC. Yo soy, abrid, es vuestro esposo.
 CARL. (*Se echa un schall que habia dejado en una silla al entrar, sobre los hombros, y va á la puerta.*) Entrad, señor vizconde, vuestra esposa os espera.

FIN DEL PRÓLOGO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

29948